

A photograph of two young boys in a swimming pool. They are both smiling and embracing each other. The boy on the right has his arms around the boy on the left. They are both shirtless and wearing colorful swim trunks. The water is clear blue with ripples. The background is a bright blue sky.

“VACACIONES EN PAZ”, UN VERANO SIN DESIERTO

La experiencia de los niños saharauis entre nosotros dista mucho de su realidad en los campamentos de refugiados. Un mundo que ni en sueños podían llegar a imaginar se descubre ante sus ojos. Por ANTOLÍN AVEZUELA y JOAN BARRIACH.

mero de familias que acogen a niños saharauis en todo el ámbito estatal ha disminuido notablemente.

Desde un principio se mostró tímida e insegura con Meritxell, su madre de acogida en la localidad empordanesa de Peralada, pese a todos los intentos de ésta por ayudarla a superar sus miedos e integrarla en su nueva realidad; lejos de su familia, lejos de su casa, lejos del desierto donde siempre ha vivido.

El Mediterráneo sigue con su ritmo pausado y tranquilo una mañana más a la espera de los bañistas semidesnudos. Aquel miedo inicial de Chrifa la primera vez que vio el mar desde la

CHRIFA HA ENCONTRADO EN EL AGUA SU MEDIO DE INTEGRACIÓN

playa ha desaparecido completamente. Ya no mira las saladas aguas como el primer día, ahora admira el mar y no muestra ningún reparo en formar parte de él, sin miedo, con total libertad para jugar entre sus olas. Poco a poco esta es su reacción ante todas las situaciones que en un principio son tan diferentes y desconocidas para

ella, como la reacción de pánico que tuvo ante su primera ducha. Gracias al contacto con el agua ha superado parte de sus temores y se ha integrado en su familia de acogida, pese a ser una niña muy reservada y con problemas comunicativos.

La asistencia al casal de verano de la localidad donde reside permite a Chrifa superar la barrera de la sonrisa. La presencia de menores saharauis, una costumbre establecida con la llegada de Hali hace ya cuatro años, es uno de los factores más importantes de integración tanto de Chrifa como de sus pequeños compatriotas en este hogar de tránsito.

ES EN EL CASAL donde se conocieron Chrifa y Hassan, que viene por primera vez a Cataluña con tan solo 7 años. Hassan, por suerte, ya conocía a Gemma y Xavi, sus padres de acogida, ya que ellos fueron la misma familia asignada a su hermano mayor, Hali, y han visitado los campamentos en numerosas ocasiones.

Desde su más tierna inocencia, Hassan descubre por primera vez gran cantidad de cosas que no podía ni imaginar en su realidad de Smara. Nada más llegar a su nueva casa de acogida, no podía creerse que los animalitos multicolores que se movían dentro del acuario del salón fuesen de verdad; hasta ahora nunca había visto un pez y para comprobar que aquello que veía era real, que sus ojos no le engañaban, que semejante espectáculo de luces, agua y movimiento no era ficticio, Gemma permitió que llamase a su hermano al móvil familiar de su casa en la Hammada. Hassan comprobó que era real, que vive otra realidad y solo es el comienzo.

Un comienzo que no comprende en la mayor parte de las ocasiones, como cuando asistió al espectáculo de bienvenida al casal de Peralada sin en-

tender por qué no podía subir al escenario a jugar con los demás niños. Se sentía mal, diferente, marginado, no le hacían caso; en ese momento añoraba su desierto, su hogar, su hermano, su vida. Suerte que Hali estaba ahí, de nuevo, al teléfono.

Hali también estuvo junto a Hassan en otro de los momentos clave de su primera estancia en Europa, esta vez en la cabeza de su hermanito. Hassan ya sabía de antemano que tendría que ir al médico para someterse a una serie de pruebas y aunque esto le daba un poco de miedo, gracias a las palabras de aliento de su hermano, se enfrentó a la revisión ocular, dental y médica, obligatorias para todos los niños saharauis en este programa de acogida, sin ningún temor.

Estas situaciones, tan desagradables en muchos casos como necesarias, se ven ampliamente recompensadas en la mayor parte de las ocasiones, como por ejemplo la visita de Hassan al paraje montañoso de La Vall de Núria. Fue la primera vez que el pequeño se sintió diminuto en relación a las montañas de su alrededor, alucinado con poder volar tan cerca de los profundos acantilados con el teleférico u observar el entorno mágico del Pirineo desde las pendientes del tren de cremallera. Unos paisajes inundados de más tonalidades verdes y saturados de más vegetación de los que nunca había soñado.

Gracias al entorno rural de Peralada, Hassan puede disfrutar de una mayor libertad en compañía de Camila, su hermana de acogida de misma edad, y todos los niños de la calle donde viven. Las bicicletas y los patinetes no paran de rodar en todo el día y cuando cae la noche el alumbrado eléctrico, tan elemental para nosotros e inexistente en los campamentos, permite apurar al máximo antes de subir a casa a cenar. Esa electricidad, algo tan cercano para unos y tan lejano para otros, fascina tanto a Hassan como a la mayoría de niños saharauis recién llegados, que no dudan en pasar el tiempo jugando a encender y apagar las luces de las habitaciones, impensable en sus casas



JUEGOS NOCTURNOS.

El pequeño Hassan (en el centro de la fotografía) aprovecha el alumbrado eléctrico, inexistente en los campamentos, para jugar con sus amigos en las noches de verano.

donde apenas cuentan con una batería de coche cargada por placas solares para iluminar débilmente el interior de las jaimas al caer la noche en el desierto.

SIN EMBARGO, LA NOCHE en Badalona, en el área metropolitana de Barcelona, es muy diferente. Esta localidad también recibe a niños saharauis en verano, entre ellos Bhutta, una niña de 9 años acogida por Miguel y Mari Carmen. Esta pareja, después de haber criado y educado a su hijo de 19 años,

A PESAR DE SU CORTA EDAD, SIETE AÑOS, HASSAN YA PARTICIPA EN EL PROGRAMA DE ACOGIDA

ahora vuelven a ejercer de padres durante dos meses con la pequeña llegada del Sahara.

Los primeros días con su nueva familia han sido difíciles para ambas partes. Miguel y Mari Carmen han tenido que ponerse al día de nuevo en el papel de padres, con la dificultad añá-

da de tratarse de una niña con unas bases culturales ya establecidas, y la pequeña Bhutta adaptarse a una nueva forma de vida muy distinta de aquella que lleva durante todo el año en Smara, con nuevos horarios, nuevas costumbres, nueva gente y normas diferentes. Un gran cambio en su modo de vida en los campamentos, pero también respecto a su anterior experiencia de acogida el verano pasado en Italia (uno de los tres países participes en los programas de acogida, junto a Francia y España).

Con las limitaciones de un núcleo urbano, la pequeña Bhutta depende de un acompañante para salir de casa, lo que no le supone ningún problema ya que se trata de una niña muy cercana que siempre busca el contacto con otras personas. Disfrutar de la alegría, las sonrisas y la energía de su familia de acogida y disfrutar con sus amigos del parque o los compañeros del casal al que asiste es todo lo que le puede pedir a una estancia en el extranjero separada de los suyos. Sentirse como en casa pero a más de 3.000 km de su hogar.

A Bhutta le encanta aprovechar las tardes libres de Mari Carmen para ir de paseo por los centros comerciales. Pisar



TEMOR VENCIDO.

Una vez superada la primera impresión ante el mar, Chrifa disfruta del Mediterráneo en las orillas del Cap de Creus.



DEL DESIERTO AL AISLAMIENTO

La situación precaria de unos campamentos provisionales convertidos en hogar. Por ANTOLÍN AVEZUELA.

La vida en el desierto es muy dura, pero aun así hay pueblos que se han adaptado y prosperado en este entorno. Una adaptación basada en la movilidad por la necesidad de encontrar agua y alimentos. La adaptación de los pueblos nómadas.

Sin embargo, no es lo mismo moverse libremente por el entorno árido y yermo del Sahara, que encontrarse encerrado en él. Esta es la situación en que se haya la mitad del pueblo Saharai en la actualidad, reclusos en los campamentos de refugiados de la zona argelina de Tindouf. Unos campamentos creados hace ya más de 34 años de forma provisional y que hoy en día continúan siendo el hogar precario de cientos de miles de personas.

Situados en una de las regiones más extremas del desierto del Sahara, estas ciudades de refugiados sobreviven gracias a las ayudas humanitarias que abarcan desde la distribución de alimentos hasta las atenciones sanitarias. Gracias a las ayudas internacionales este pueblo consigue sobrevivir al día a día pero, con el continuo recorte de presupuestos de

algunas de las principales ONG's destinados a este conflicto de tan larga duración, la situación de los saharais reclusos en los campamentos es cada vez más precaria.

Servicios tan básicos en la sociedad desarrollada del primer mundo, sin los cuales no se concibe una existencia digna, como son el agua corriente, la electricidad o los sistemas de alcantarillado son inexistentes en estos asentamientos. En un estilo de vida que roza la Edad Media europea el agua es distribuida casa por casa en camiones cisterna, la electricidad se limita a una batería vieja de coche cargada por placas solares (lo justo y necesario para iluminar los interiores durante la noche) y los desechos humanos simplemente se almacenan en pozos negros excavados en los patios de las viviendas unifamiliares.

Conscientes de su situación y del futuro incierto al que están destinados, sin saber cuándo ni cómo podrán volver a la tierra que les fue arrebatada, a su hogar, el empeño de este pueblo por mejorar su situación y ser lo más autosuficiente

posible ha sido siempre sorprendente. Desde el principio de su éxodo ha dedicado un gran esfuerzo a la formación académica de sus ciudadanos para contar con personal cualificado en campos tan importantes como la medicina, la ingeniería hidráulica, las ciencias políticas o la enseñanza entre muchas otras disciplinas. Con programas de estudios universitarios en países colaboradores como Cuba o Argelia, los saharais dedican un gran esfuerzo en enviar a sus pequeños estudiantes más aplicados realizando un gran sacrificio, sobre todo por parte de las familias, que no vuelven a ver a sus hijos e hijas hasta una vez finalizados sus estudios.

Confinado en este entorno extremo y con unos límites de adaptación y sufrimiento casi increíbles, el pueblo saharai continúa luchando por sus derechos y por la supervivencia con una entereza digna de perdurar para siempre en los libros de historia. Su existencia se puede adaptar perfectamente al ritual del té que tanto practican: "amarga como la vida, suave como el amor y dulce como la muerte".

La polución generada por el polvo del desierto endurece aún más las condiciones de vida en los campamentos

los suelos de mármol, lisos y resbaladizos, inexistentes en la Hammada. Sentir en su piel la extraña y refrescante sensación del aire acondicionado. La impresionante arquitectura que con varios niveles, pequeños recovecos y cientos de personas yendo y viniendo le hace pensar en un enorme hormiguero humano.

El anonimato que por un momento la sitúa fuera del centro de atención de todos aquellos que la rodean. La extraña sensación de dejarse arrastrar por unas escaleras mecánicas. En definitiva, dejarse embriagar por un mundo completamente distinto al que ella está acostumbrada.

Muy distinto al festival de cine del Sahara, que año tras año va cobrando fuerza gracias a colaboraciones como la de Javier Bardem, Bhutta este verano experimentó por primera vez la tecnología del cine 3D con la película de animación Ice Age 3. No comprendió por qué tenía que ponerse unas gafas de cartón con dos lentes de colores para ver la película, pero cuando comenzó la proyección y gran cantidad de animalillos empezaron a correr y volar dentro de la sala, se dio cuenta que estaba disfrutando de la verdadera magia del cine.

CERCA DE ALLÍ, OTRA NIÑA saharai de 11 años también comparte la experiencia del programa *Vacaciones en Paz* en el entorno urbano de Santa Coloma. Lamina está por segundo año consecutivo en casa de la familia de Begoña, con su marido y su hija de 9 años, Carmela. La insistencia de la pequeña de la casa en volver a acoger a su hermana del desierto ha sido crucial para que las dos amigas estén disfrutando de las vacaciones juntas.

Este es el tercer verano de Lamina fuera de los campamentos y aunque ahora se siente como una más de la familia, su primera experiencia fue un poco más complicada. Lejos de los suyos y sin haber salido nunca del campamento de Dajla, pasó su primer verano de acogida en un albergue italiano con tan solo 8 años. El trato hacia ella fue estupendo, pero no dejaba de ser mucho menos personalizado que con una familia, y aunque al comienzo también se sentía fuera de lugar en casa de Begoña, poco a poco fue integrándose.

CARMELA ESPERA ENTUSIASMADA EL REGRESO DE LAMINA

Al principio, en su nueva habitación de cuatro paredes para ella sola, muy distinto de las estancias unifamiliares de los campamentos, el miedo

le superaba y su angustia era visible. Por suerte, un abuelo suyo vive cerca de Barcelona y el ponerse en contacto con él sirvió de mucho para aceptar la idea de pasar el verano fuera del entorno arenoso del desierto. Aceptar también el tener que compartir la experiencia con una nueva hermana, que no hablaba su idioma y con la que la comunicación iba a ser sin duda muy difícil, fue un primer paso. Sus conocimientos de lengua española estaban limitados a lo aprendido en la escuela del campamento, pero gracias a la necesidad de avanzar más allá de la comunicación no verbal con Carmela y de los deberes del colegio que Begoña impuso a Lamina, el progreso fue espectacular. Después de dos veranos en Santa Coloma ahora ya habla español perfectamente.



La organización de encuentros entre niños saharais facilita su integración.

Arriba, actividades durante el encuentro de la provincia de Girona en Bescanó. Abajo, niños saharais jugando en un casal de verano.



34 AÑOS DE ÉXODO

El Sáhara Occidental sigue pendiente del cumplimiento de las resoluciones de la ONU para su autodeterminación.

Por JOAN BARRIACH.

Los campamentos de refugiados establecidos de forma provisional (en la imagen *Smara*) se han convertido en el hogar definitivo de cientos de miles de saharauis.

El éxodo del pueblo saharauí es una realidad que ya dura más de 34 años. Un conflicto derivado de la mala gestión que el Estado español tuvo en el momento de abandonar esta provincia situada en la costa atlántica del desierto del Sáhara en 1975.

En 1936 el Sahara occidental, que posteriormente sería la República Árabe Saharaui Democrática, fue anexionada por España en un último intento para calmar la zona de los conflictos coloniales.

En el año 1960 hubo un crecimiento importante del sentimiento independentista del pueblo Saharaui y en 1956 Marruecos proclamó su independencia y su reivindicación en relación a la entonces colonia española.

A finales de los 60 y principios de los 70 el movimiento independentista de los saharauis fue aumentando su fuerza, hasta que en 1973 se fundó el brazo armado del Frente Polisario (*Frente Popular de Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro*) para luchar contra el ejército español. A su vez, desde 1960, la ONU reconocía el derecho inalienable de los países colonizados a su autodeterminación e independencia.

En 1975 España traicionó a los saharauis con un pacto tripartito, entre el Estado español con Marruecos y Mauritania, en el que se repartían el territorio de los reinos magrebíes. Antes, en ese mismo año, Marruecos llevó a cabo como medida de presión la conocida

Marcha Verde hasta el Sahara Occidental. El mismo año en que el Frente Polisario proclamó la República Árabe Saharaui Democrática.

En 1976, con el abandono del territorio español estalló la guerra del Sahara entre el defensor de la población nativa, el Frente Polisario, y los reinos de Marruecos y Mauritania, que acabó oficialmente el año 1979 con la ocupación del territorio por parte del ejército marroquí.

A pesar de las resoluciones de la ONU reconociendo el derecho a la autodeterminación del pueblo saharauí, la población nativa sigue refugiándose en los campamentos de Tindouf, en el desierto de Argelia.

34 años después siguen esperando.

Otra de las imposiciones a las que está sometida Lamina por parte de sus padres de acogida es una alimentación equilibrada. Al igual que todos los demás niños saharauis que forman parte del programa, Lamina tiene que disfrutar de una dieta completa que le aporte todos los nutrientes necesarios para su correcto crecimiento, consumiendo los productos frescos que no se pueden conseguir en los campamentos. Verduras, legumbres, carne y pescado son uno de los aspectos más importantes de la estancia fuera del Sahara, y aunque en muchos casos a los niños les resul-

ta difícil acostumbrarse a comidas tan variadas, con gustos tan distintos a los que están acostumbrados, las familias no dudan en imponerse en este aspecto aunque en ocasiones los pequeños se nieguen a comer. Por supuesto, los niños también descubren sabores que les fascinan, como es el caso del chocolate, la gran pasión de Lamina.

En casos como este, en que se establece un vínculo de amistad tan fuerte entre los saharauis y los hijos de las familias de acogida, resulta muy duro el momento de la separación una vez finalizados los dos meses de estancia.

Queda esa incertidumbre sobre la lejanía en el tiempo para el próximo reencuentro e incluso la duda sobre la existencia del mismo. Los pequeños que vuelven a sus casas desbordan alegría por el inminente reencuentro con sus familias, pero la sensación de vacío que queda en los hogares de acogida tras el alboroto veraniego se puede respirar en el aire.

Los 627 niños y niñas saharauis que han venido este verano han vuelto a sus hogares, pero siempre queda la esperanza de volver a ver al hijo, hermano o nieto del Sahara.